

## Editorial

# La nueva comunicación. Luces y sombras

*"Es preocupante que hoy se eduque con imágenes y no con ideas."*

**Fernando Savater**

Para hablar de nueva comunicación es necesario pensar, hurgar en la memoria y darse tiempo para reflexionar. La antigüedad de la comunicación está unida a la razón de ser de la humanidad.

La comunicación humana es un vínculo casi constante y en continuo ensayo porque siempre estamos en camino de alcanzarla. Por eso quizás las palabras claves en una conversación son comunicación y diálogo, para iluminar lo que está oculto y expresar lo que es necesario descubrir.

A todas luces podemos estar seguros de que el diálogo es la cualidad que le otorga a los seres humanos su verdadero carácter, pero, ante el mundo que hoy se muestra, también sabemos que ese diálogo es el gran ausente.

Somos construcción, pero nadie construye solo y falta conciencia de que tenemos que hacerlo todos juntos.

El hombre, desde sus primeras huellas –alejadas de la palabra– demostró su capacidad para utilizar las herramientas que creaba pero, a la vez, reveló una trágica capacidad para utilizarlas mal. Basta decir 1945, Hiroshima.

Ahora, cuando la imagen se adelanta a la palabra, y cuando la revolución de la tecnología parece habernos dejado mudos, muchos de nosotros estamos fascinados ante las posibilidades que la nueva tecnología de la comunicación puede permitir, por ejemplo en el ejercicio de la medicina.

Y ésta es la nueva situación: la posibilidad de comunicarnos velozmente, de atravesar el tiempo y el espacio, de sentir que es posible dominarlos y convertir este mundo en aquella aldea global y soñada. Sin embargo, también tiene capacidad para destruir lo que estábamos construyendo juntos.

En la televisión, por ejemplo, se impuso una forma

de comunicación basada en la sucesión de muchas imágenes y de pocas palabras.

Los niños y adolescentes, parecen dominar ese mundo, se habitúan a un lenguaje vertiginoso, pero ellos están inmersos en realidades virtuales, mediáticas, que los distancian cada vez más de la realidad. La vida de las imágenes que se impulsan es efímera y lo es porque no son creadas para perdurar, sino para provocar impacto y orientar conductas.

Los niños y adolescentes de hoy están cautivos de la nueva tecnología; son devotos de la cultura del "zapping", que no les permite armar construcciones de pensamiento lineales, con memoria.

Son jóvenes creadores de nuevas hablas, nuevos idiomas que tienen por padres a otros habitantes de Internet.

Es cultura de la fragmentación, de creerse informado. Es ilusión, de creer que sabemos.

Podemos enterarnos de todo lo que sucede ahora mismo, ocurra donde ocurra. El accidente, las guerras, la muerte, los delitos, un exceso de información que está generando un nuevo tipo de hombre: el que se ha acostumbrado a la imagen, pero mucho más, el que se ha acostumbrado a recibir impactos y se mueve sólo por ellos.

Son los riesgos de la comunicación. Para nosotros, los médicos, esta nueva posibilidad de ejercer una rápida comunicación nos abre un camino tentador y desafiante: nace una verdadera posibilidad de compartir el conocimiento. Hallar el modo de vivir donde la sabiduría y el conocimiento lleguen a compartirse.

Por la nueva forma de comunicarse –Internet– nuestros pacientes pueden comprender lo que les está ocurriendo y estar informados antes de que se produzca la entrevista, que ya no podrá ser breve.

Pienso que los pediatras estamos dispuestos a compartir el poder con los padres y los niños que asistimos; tenemos una enorme responsabilidad que casi siempre hemos ejercido; tenemos que vigilar los caminos posibles que seguirán los niños de hoy y de mañana, detectar las fallas y el sentido de esta sociedad que modifica conductas sin conciencia de hacerlo, ni sentimiento de culpa.

¿Podemos nosotros controlar estas nuevas formas de ser, comunicándonos? Vivimos la ilusión de estar comunicados pero no encontramos el sentido de lo que estamos construyendo.

Realmente ¿tenemos claro el objetivo en una sociedad como la actual, que a los niños y adolescentes, que en su mayoría son pobres, no los cuida y no protege sus derechos?

Como dice Baudrillard, hoy la comunicación puede ser "propio simulacro". Porque en realidad es comunicación para el consumo. Estamos alentando formas de ser de las sociedades que, como dice el escritor uruguayo Eduardo Galeano, niegan lo que ofrecen.

Pero sabemos que en muchas casas donde viven familias carenciadas y aun de sectores medios, la televisión les permite encontrar unidad familiar y hasta imaginar que se vive en unidad universal.

Pero, ¿cuál es el espectáculo que se mira en estas formas de ser en sociedad?: la exposición del otro.

Es la vida íntima del otro en nuestra casa. A veces quienes están sometidos a esa exposición son niños o adolescentes, que viven la ruptura del tiempo lineal, del tiempo del proyecto, de que algo todavía es posible.

Con apariencia de felicidad, estamos formando parte de esta era de apariencias.

Podemos dejarnos deslumbrar por las posibilidades de las nuevas tecnologías, de los caminos que han abierto las teleconferencias y las comunicaciones científicas a distancia, de cuánto es posible hoy compartir el conocimiento, pero no debe-

mos olvidarnos que somos custodios ahora de lo que sucederá mañana. La paradoja de la tecnología al servicio de la comunicación es la incomunicación que produce el mundo virtual.

Celulares, faxes, e-mail, televisores, Internet, chateo y los nuevos lenguajes, ofrecen la ilusión de estar comunicados, pero a la vez dejan ver lo que quiere estar oculto: nuestro desconocimiento del prójimo.

Otra sombra es la inequidad, la gran desigualdad respecto al acceso a la nueva tecnología. Enfrentamos un mundo que puede partirse en dos, mucho más de lo que está.

Un mundo virtual que nos priva de la posibilidad de vivir nuestra propia experiencia. Podemos ver todas las pantallas, entrar a todas las páginas, pero no estamos siendo actores de lo que vemos. Alguien lo hace por nosotros.

En la década de los setenta, Michel Foucault invitaba a los intelectuales a que ayudaran a las clases populares a que tomaran en cuenta todos los intentos que se hacían para bloquear la memoria popular. Por tal razón deseo invitarlos a todos a un nuevo desafío. Si conocemos el problema que presenta esta nueva forma de comunicación, si somos capaces de salir de los consultorios, alejarnos por momentos del hospital, de las patologías y de los congresos y podemos leer esta realidad paradójica y cruda para dialogar con ella, vamos a poder aconsejar, acompañar el crecimiento y sobre todo vislumbrar dónde lleva esta nueva forma de comunicación. Este es el desafío de hoy para los pediatras: dialogar con esta realidad para la prevención, un concepto hoy tan impuesto después de muchos años, de las enfermedades que estas nuevas sociedades están comenzando a generar, que son fruto de la marginación y que desconocemos.

*Dr. Teodoro F. Puga*